

# Un Papa para todos

E.  
MIRET  
MAGDA  
LENA

**E**l Papa actual, en líneas generales, está adoptando una serena postura sin triunfalismos ni complejos de inferioridad tampoco, como necesitábamos tras el autocrático Pío XII y el neurotizado Pablo VI.

Lo que ocurre es que el Papa no dice lo que cada uno espera. Querría cada católico español que fuese sólo el transmisor de nuestras individuales opiniones, y así caemos fácilmente en una ingenua frustración, o en una crítica desorbitada —tanto a la derecha como a la izquierda— que resulta verdaderamente infantil. Yo no sé cuándo vamos a adquirir los católicos un poco más de madurez y reconocer —como descubrió por un lado nuestro Ortega y por el otro el genial Einstein— que nuestro conocimiento, el de cada hombre, es —y tiene necesariamente que ser siempre— perspectiva. Cada uno de nosotros nos acercamos, en lo religioso lo mismo que en lo profano, a la verdad desde nuestra perspectiva y, por tanto, parcialmente.

Este reconocimiento de la relatividad de nuestro conocimiento no es escepticismo lo que debe producir —como he señalado otras veces—, sino un mejor y más modesto acercamiento a la realidad con el único medio de que disponemos: el de nuestra parcial manera de conocer.

Y aceptado esto, hay que tener la valentía de aplicarlo a todo aquello que es humano, y al Papa —por supuesto— también. Yo estoy relativamente contento con Juan Pablo II, y lo estoy porque sé que no puedo esperar todo de él, ni siquiera mucho de lo que yo necesitaría o desearía. La historia de los Papas lo demuestra palmariamente, si se estudian sus vidas a través del prisma sereno del tiempo. En el azaroso correr de los siglos vemos de todo: bueno, malo y regular. Estaban los Papas al frente de una colectividad tan extensa e influyente como es la Iglesia católica, y —sin embargo— su "carisma" no les preservó de errores doctrinales, de fallos pastorales y de graves defectos humanos. El católico debía saber que el Papa es también un hombre como nosotros, y frecuentemente se olvida no sólo por los conservadores, sino, lo que es más curioso, también por los progresistas.

El católico tiene que lavar su cerebro para limpiarlo de "mitos", y el más im-

portante de todos es el de la "papatría".

Por eso, la lectura de la encíclica "Redentor del hombre" debe ser hecha inteligente y no ciegamente. Ha de servir para saber sacar de ella lo esencial, sin esperar una correspondencia exacta entre las ideas del Papa y las nuestras. Porque la "cátedra de Pedro" tiene que ser un "servicio universal", como el mismo Juan Pablo II afirma. Esto es lo que desde hace veinte siglos han creído los católicos más diversos y en las más diferentes circunstancias. Lo que a partir del siglo X se empezó olvidando dando el Papa la falsa imagen de un líder propotente que repartía a voluntad rayos doctrinales o prebendas espirituales. Ese mito del Papa absolutista anidó en la asustadiza mente de Pío IX durante la segunda mitad del siglo XIX, después de haber fracasado en el intento de llevar a cabo en sus Estados pontificios una política liberal.

El Papa puede y debe ser juzgado moralmente por todos, como hizo en nombre del pueblo el Concilio de Trento, que no temió reunirse para reformar a la Iglesia "en su Cabeza y en sus miembros", según expresión de un Papa de entonces.

El "primado" del Sumo Pontífice sólo "le confiere una autoridad soberana, pero soberana no quiere decir absoluta", como recordó hace quince años el obispo católico Simons.

Durante los diez primeros siglos de la Iglesia, Roma era la que tenía "la primacía del amor" —según la definición de San Ignacio de Antioquía—. Y, por eso, todos los países católicos "gozaban de autonomía canónica y jurídica". Las intervenciones de Roma eran obligadas cuando doctrinal o pastoralmente se había roto la caridad, pero sus actuaciones estaban sólo presididas por el amor; y esas intervenciones eran muy raras. "Una primacía que no era un poder, sino un ejemplo", como la define el teólogo oriental O. Clement.

Y además, durante los últimos diez siglos han tenido que reconocer los teólogos latinos que no ejercieron los Papas eso que luego se llamó la infalibilidad. Y, cuando fue proclamada abusivamente por Pío IX, según opina un número creciente de pensadores católicos, solamente han podido afirmar estos teólogos

que se ejerció de hecho únicamente en dos cuestiones que apenas afectaban a la vida doctrinal de los católicos: la proclamación de la Inmaculada Concepción de María, hecha en el siglo XIX, y la declaración efectuada en el siglo XX de su Asunción en cuerpo y alma al cielo.

Lo curioso es que si fuese tan importante esta prerrogativa de infalibilidad personal, si de verdad constituye tal enseñanza un dogma esencial, ¿cómo es que durante diecinueve siglos no estaban seguros los católicos de que eso era así y los Papas no hicieron claro uso de una facultad tan importante? El hecho es que la Iglesia ha seguido funcionando sin más traumas que los que pueda tener ahora y sin hacer uso de su infalibilidad durante siglos, y más tarde sin aplicarla a nada decisivo.

Por eso había que concluir que, entendida como se ha entendido en los catecismos y manuales de teología, "la reivindicación de la infalibilidad es desmesurada...", y la Biblia no confirma esta pretensión", como observa el obispo católico de Indore (India), monseñor Simons.

El Papa no puede ser un mago ni un prestidigitador espiritual que saque de dentro de su pañuelo un conjunto de ideas religiosas que asombren a los espectadores. Es sólo el paladín de la fe de los creyentes, el "servidor de todos, el pregonador del Evangelio sin más pretensiones absolutistas. Y Juan Pablo II —si bien se lee su encíclica— no parece pretender de hecho otra cosa, aunque algunas expresiones sean defectuosas o pocos claras todavía.

El Papa San Gregorio Magno aseguraba por eso que su único título era ser el "siervo de los siervos de Dios", y no el "Obispo" ni el "Papa universal", confesando modestamente que "el Concilio de Calcedonia y muchos Santos Padres ofrecieron a mi predecesor este título, y ninguno quiso nunca usarlo".

Y Juan Pablo II, si no se le sube a la cabeza el cargo y quiere ser un Papa para todos, deberá dar ejemplo de ello.